



Si el rayo que le daba no era muy fuerte, prefería cruzar la plaza hasta los urinarios del ayuntamiento, que estaban a ras de suelo, y eran más inodoros y menos colilleros que los del casino. No porque allí oliesen menos los chorros amarillos, sino porque en el ayuntamiento había menos clientela y pitorrería. Pero aquel día la próstata le dio un codazo tan severo que sin dudarlo se dirigió a la del San Ferndando. Bien agarrado al pasamanos con la mano derecha, y con la izquierda en el bolsillo del pantalón para mantenerse sin goteo hasta el desbraguete, entró en los tabiques del blanco higiénico, y respirando con tanto placer como se desahogaba, empezó la meada por el pitorro, ya reverencioso, del botijo policial de su cuerpo.

Luego, Plinio y don Lotario, sentados en el sofá de siempre y después de tomarse una caña, comenzaron a hablar de las cosas pequeñas de la vida. Plinio mirando al techo del casino y echando la humareda hacia él, dijo de pronto:

— Usted ha pensado, don Lotario, que sólo me quedan tres años para la jubilación.

— Claro que lo he pensado, y lo tengo olvidado.

— Tres años, nada más, ¿y qué hago yo luego?, pues porque me quiten el uniforme, no voy a quedarme en casa con los brazos cruzados.

— ¿Quién te ha dicho tal cosa, Manuel? Con tu uniforme o sin él, continuarás siendo el primer policía de este pueblo.

— ¡Ah!, eso por supuesto, ya que lo dice usted. Sin alcalde, sin uniforme, sin órdenes y contraórdenes, pero yo tendré bajo la pestaña a todo el que se mueva en este pueblo, si es que se mueve alguno.

— Ya verás como descubriremos más crímenes que nunca.

— Eso lo veo difícil, porque aquí hay menos crímenes que rayos.

Y lo dices esta tarde, precisamente, en la que han dado un tiro en la nuca al Muñecas.

— Lo de hoy es una cosa muy rara. En Tomelloso ni un muerto por año... antes se suicidaba la gente. Había épocas con verdaderas epidemias de suicidios, pero ahora ni eso. La sociedad de consumo ha consumido las muertes, pero siempre, Manuel, hay que bacinear y averiguar las vidas y muertes.

— Eso sí.

Se tomaron las cervezas, hablaron un largo rato y Plinio, después de bostezar dos o tres veces y de mirar el reloj, le dijo a don Lotario: ya han pasado dos horas; yo creo que ya se habrá acostumbrado la mujer del Muñecas a la desgracia y podrá contestarnos con cierta tranquilidad.

Plinio y don Lotario salieron camino del coche como siempre. Pero Plinio se paró un momento: don Lotario, la familia del Muñecas vive muy cerca y no crea que sea cosa de autear otra vez. Vamos a estirar las piernas aunque sea para abajo.

— Sí, hombre, sí, no faltaba más.

Al llegar a la casa del Muñecas, vieron a la gente que salía y entraba.

— Todavía dura el visiteo. —Dijo don Lotario—.

— Pues es igual, que lo suspendan, que venimos nosotros.

Se estiraron bien el uniforme y llamaron decididos. La mujer del Muñecas se veía que lloraba ya por repetición. Tenía el pañuelo empapado y los ojos colarados. Plinio y don Lotario, después de saludarla, pasaron a una cocina, solos con ella. Se sentaron en unas sillas.

— Ustedes dirán lo que quieren.

— No queremos nada en concreto. Venimos a que nos diga usted algo de las relaciones de su marido, que en paz descansa, con el asesino.

— ¿Quiere usted decir sus relaciones con el que lo ha matado? Pues ni pijotera idea. No sé quien es.

— ¿Pero su marido acostumbraba a pasear por la estación solitaria?

— ¡Que va! Alguna vez que otra daba una vuelta por allí solo. El de joven había sido ferroviario y tenía mucha querencia a los trenes.

— ¿Y solía ir acompañado de alguien?

— Unas veces sí y otras no. Vamos según decía él. Porque nunca lo ví paseando por los railes.

— ¿Entonces no sabe usted si esta tarde fue sólo o con alguien?

— No, no señor. —Dijo echando una lágrima nueva.

— ¿El temía que le pasase algo así?

— El, jubilado y ¡sin cuartos!, ¡qué iba a temer!... y luego fíjese usted las cosas, entre los papeles del bolsillo, le han encontrado quinientas pesetas que sacó para pagar algunas cosillas. De modo que de dinero, nada. Lo han matado por otra cosa. Por algo personal.

Plinio y don Lotario, después de hablar unas palabras más con la viuda, salieron calle de la Cruz Verde abajo.